pues de haber corrompido las inteligencias y los corazones, esos principios, por su propia gravitacion, precipitan á los pueblos en un piélago de desgracias, conculcan el órden legítimo, y de esa suerte, más pronto ó mas tarde, traen la pérdida total de los poderes y de la pública tranquilidad.

"Si se contemplan de otra parte las obras del Pontificado romano, ¿puede haber nada más inícuo que la negacion de que á los Pontífices Romanos sea deudora la sociedad civil, de los más nobles esfuerzos y de los más grandes sacrificios? Ciertamente, nuestros predecesores, ansiando asegurar el bien de los pueblos, no titubearon en emprender distintas luchas, resistir grandes trabajos, afrontar peligros y dificultades, puestos los ojos en el cielo, sin inclinar jamas la frente ante las amenazas de los impíos, ni nunca faltar á su mision, por adulaciones ó promesas.

"Esta Sede Apostólica fué quien recogió y coordinó los restos de la antigua sociedad; ella fué el luminar que hizo restablecer la civilizacion de los tiempos cristianos: ella fué el áncora de salvacion entre las fieras tempestades que ha sufrido el linage humano; el vínculo sagrado de concordia que unió unas con otras á las naciones lejanas entre sí, y de tan diversas costumbres; el centro comun, finalmente, de la religion y de la fé, como de la accion y de la paz. ¡Qué gloria para los Pontífices Máximos, la de haberse opuesto constantemente como baluarte inquebrantable, para que la sociedad no volviera á caer en la antigua supersticion y barbarie!

"¡Oh, si esta tan saludable autoridad nunca hubiera sido

tenida tan en poco y rechazada! De seguro, el principado civil no hubiera perdido aquel carácter sagrado y sublime que la religion le habia impreso, único que hace racional y noble la sumision; no hubieran estallado tantas sediciones y tantas guerras, para llenar la tierra de calamidades y estragos, ni los reinos en otros tiempos tan florecientes, hubieran caido del sumo de la grandeza al abismo, bajo el peso de toda clase de desventuras. De esto son ejemplo los pueblos del Oriente: rotos los suaves vínculos que los unian á la Sede Apostólica, vieron eclipsarse el esplendor de su antigua grandeza, desapareciendo el honor de las ciencias y de las artes y la dignidad del imperio.

"Los insignes beneficios que se derivan de la Sede Apostólica á todas las partes de la tierra, como se manifiesta por ilustres monumentos de todas las edades, se dejaron sentir especialmente en la nacion italiana, la cual, por estar mas cercana á ella, ha recogido mas ubérrimos frutos. Sí, Italia en gran parte es deudora á los Romanos Pontífices de su verdadera gloria y grandeza, de su verdadera elevacion sobre las demas naciones. Su autoridad y proteccion paterna le han protegido varias veces contra los ataques de sus enemigos, y de ellos ha recibido ayuda y socorros necesarios, para que la fé católica fuése siempre íntegramente conservada en los corazones de los italianos.

"Apelamos especialmente, para no ocuparnos de otros, á los tiempos de San Leon Magno, Alejandro III, Inocencio III, San Pio V, de Leon X y de otros Pontífices, en los cuales, por obra y proteccion de aquellos varones, Italia se libró de la suprema ruina con que

la amenazaban los bárbaros, salvó su antigua fé y entre las tinieblas y la miseria de la decadencia universal, nutrió y conservó vivo el fuego de las ciencias y el esplendor de las artes. Apelamos á nuestra alma ciudad, Sede del Pontificado, la cual les debió no solo la singularísima ventaja de llegar á ser el alcazar inespugnable de la fé, sino el asilo de las bellas artes y morada de las ciencias, y por esto, objeto de la admiracion de todos.

"Por el esplendor de tales hechos, consignados en públicos é imperecederos monumentos, es fácil reconocer que solo por aversion y por indigna calumnia, á fin de engañar á las muchedumbres, se ha podido decir de viva voz y por escrito, que la Sede Apostólica sea obstáculo á la civilizacion de los pueblos y á la felicidad de Italia.

"Si las esperanzas, pues, de Italia y del mundo entero, descansan todas en la benéfica influencia de la Sede Apostólica para bien comun, y en la union íntima de todos los fieles al Romano Pontífice, la razon exige, que nos ocupemos con el mas solícito cuidado de conservar intacta la dignidad de la Cátedra Romana y de afianzar más y más, la union de los miembros con la cabeza, de los hijos con el Padre.

"Por tanto, para asegurar ante todo y del mejor modo que podamos, los derechos y la libertad de la Santa Sede, no dejarémos nunca de exigir que nuestra autoridad sea respetada, que nuestro ministerio y nuestra potestad se dejen plenamente libres é independientes, y se nos restituya á la posicion en que la

Sabiduría Divina, desde tiempos antiguos, habia colocado á los Pontífices de Roma.

"No es, pues, un vano deseo de poder y de dominio el que nos mueve á pedir el restablecimiento del principado civil. Lo pedimos, porque lo exigen nuestros deberes y los solemnes juramentos que hemos prestado; porque no solo es necesario para tutela y conservacion de la plena libertad del poder espiritual, sino tambien porque es evidente que cuando se toca el dominio temporal de la Sede Apostólica, se toca á la vez á la causa del bien y de la salvacion de la familia humana.

"Por eso Nos, por razon del oficio que nos obliga á defender los derechos de la Santa Sede, no podemos en modo alguno dispensarnos de renovar y confirmar por estas Nuestras letras, todas las declaraciones y protestas que nuestro predecesor Pio IX, de santa memoria, hizo repetidamente, ya contra la ocupacion del principado civil, ya contra la violacion de los derechos de la Iglesia Romana.

"Y al mismo tiempo nos dirigimos á los príncipes y supremos rectores de los pueblos, conjurándoles en el nombre augusto del Dios Altísimo, que no renuncien en tan peligrosos momentos al apoyo que les ofrece la Iglesia; que se agrupen concordes y decididos en torno de esta fuente de autoridad y de salvacion; que estrechen una vez más con ella íntimas relaciones de respeto y amor.

"Haga Dios que aquellos, convencidos de estas verdades, y reflexionando que la doctrina de Cristo, como decia San Agustin (Ep. 138 ad Marcellinum v. 15) *es grande salud para la República siempre que se ob-*

serve, y que en la situacion próspera y respetada de la Santa Sede, está basada la paz y prosperidad pública, dirijan todos sus cuidados y pensamientos á mejorar la situacion de la Iglesia y de su cabeza visible, preparando de tal manera á sus pueblos, conducidos por el camino de la justicia y de la paz, una era nueva de prosperidad y de gloria.

"A fin de que cada dia sea más firme la union de la Grey católica con el Supremo Pastor, nos dirigimos ahora á vosotros, con afecto muy especial, ¡oh Venerables Hermanos! excitando vuestro celo sacerdotal y vuestra pastoral solicitud, para que desperteis en los que os están confiados, el santo fuego de la Religion que los mueva á adherir más fuertemente á esta Cátedra de verdad y de justicia, á recibir en ella con sincera docilidad de espíritu y de corazon todas sus doctrinas, y á rechazar en lo absoluto aquellas opiniones por generalizadas que estén, que conozcan ser contrarias á la enseñanza de de la Iglesia.

"A este propósito los Romanos Pontífices nuestros predecesores, y últimamente Pio IX, de santa memoria, principalmente en el Concilio Vaticano, teniendo á la vista las palabras de San Pablo: (ad Coloss. II. 8) *Estad sobre aviso, que ninguno os engañe con filosofías y vanos sofismas, segun la tradicion de los hombres, segun los elementos del mundo, y no segun Cristo. Videte ne quis vos decipiat per philosophiam et inanem falaciam secundum elementa mundi et non secundum Christum*, no omitieron el condenar, cuando fué necesario, los errores corrientes, y herirlos con la apostólica censura. Y Nos, siguiendo las huellas de Nuestros Predecesores, desde esta apostólica Cátedra de verdad, confirmamos y renovamos todos estas condenaciones, rogando con instancia al mismo tiempo al Padre de las luces, que todos los fieles con un solo ánimo y un solo espíritu piensen y hablen con Nos.

"Toca empero á vosotros, Venerables Hermanos, emplearos con todas vuestras fuerzas, en que las semillas de las celestes doctrinas sean esparcidas con mano pródiga en los campos del Señor, y en que desde los tiernos años se infundan en el alma de los fieles, las enseñanzas de la fé católica, echen en ellas profundas raíces y sean preservadas del contagio del error.

"Cuanto más se afanan los enemigos de la Religion por enseñar á los ignorantes, y especialmente á la juventud, doctrinas que ofuscan la mente y corrompen el corazon, tanto mayor debe ser el empeño para que no solo el método de enseñanza sea sano y sólido, sino la misma enseñanza esté plenamente conforme con la fé católica, tanto en las letras como en las ciencias, y principalmente en la filosofía, de la cual depende en gran parte la buena direccion de las demas ciencias, y que no debe tender á destruir la revelacion divina, antes bien á allanarle el camino y defenderla de los que la impugnan, como nos lo han enseñado con su ejemplo y con sus escritos, el Gran San Agustin, el Angélico Doctor y los demas maestros de la sabiduría cristiana.

"Pero la buena educacion de la juventud, para que sirva de amparo á la fé, á la Religion y á las costumbres, debe empezar desde los más tiernos años en el seno de la familia, la cual en nuestros dias está lamentablemente trastornada, y no puede volver á su dignidad perdi-

da, sino sometiéndose á las leyes con que fué instituida en la Iglesia por su divino Autor, el cual, habiendo elevado á la dignidad de Sacramento el matrimonio, símbolo de su union con la Iglesia, no solo santificó el contrato meramente nupcial, sino que proporcionó tambien eficacísimos auxilios á los padres y á los hijos, para conseguir más fácilmente, con el cumplimiento de sus mutuos deberes, la felicidad temporal y eterna.

"Mas despues que leyes inicuas, desconociendo el carácter sagrado del matrimonio, lo han reducido á la condicion de un contrato meramente civil, siguióse por consecuencia que, envilecida la nobleza de las nupcias cristianas, los cónyuges vivan en concubinato legal, que no se acuerden de la fé mutuamente jurada; que los hijos nieguen á los padres la obediencia y el respeto, que se debiliten las domésticas afecciones, y lo que es de pésimo ejemplo y muy dañoso á la honestidad de las públicas costumbres, que frecuentemente un loco amor, dé por resultado lamentables y funestas separaciones.

"Tan deplorables y graves desórdenes deben, Venerables Hermanos, exitar vuestro celo á amonestar con perseverante insistencia á los fieles confiados á vuestro cuidado, á que presten docil oido á las enseñanzas que se refieren á la santidad del matrimonio cristiano. y obedezcan las leyes con que la Iglesia regula los deberes de los cónyuges y de su prole.

"Conseguiríase con esto tambien otro efecto muy apetecible, la mejora y la reforma del hombre como individuo, puesto que, así como de un tronco viciado salen ramas pésimas y frutos perversos, así la corrupcion que contamina á las familias, llega á enfermar é infestar al

individuo. Por el contrario, ordenada la familia en la vida cristiana, poco á poco los miembros todos se acostumbran á amar la Religion y la piedad, aborrecer las doctrinas falsas y perniciosas, á ser virtuosos, á respetar á los mayores y á refrenar ese sentimiento de egoismo que tanto enerva y degrada la humana naturaleza.

"A este propósito, convendrá mucho regular y fomentar las asociaciones piadosas que, principalmente en nuestros dias, con grandísima ventaja de los intereses católicos, han sido fundadas.

"Grandes, superiores á la fuerza del hombre, ¡oh Venerable Hermanos! son estas cosas, objeto de nuestras esperanzas y de nuestros votos; empero, habiendo hecho Dios capaces de sanidad á las naciones de la tierra, y habiendo instituido la Iglesia para la salvacion de las gentes, prometiéndola su benéfica asistencia hasta la consumacion de los siglos, Nos, abrigamos la firme esperanza de que, merced á vuestros trabajos, los hombres, amaestrados por tantos males y desventuras, vengan finalmente á buscar la salud y la felicidad en la sumision á la Iglesia y al infalible magisterio de la Cátedra Apostólica.

Entre tanto, Venerables Hermanos, no podemos terminar esta carta, sin manifestaros el júbilo que experimentamos por la admirable union y concordia en que vivís unos con otros, y todos con esta Sede Apostólica. Creemos que esta union, no solo es el baluarte mas fuerte contra los asaltos del enemigos, sino además, un fausto y gratísimo augurio para la Iglesia de un porvenir mejor; lo que al paso que nos es de indecible gozo, conforta nuestra debilidad, prestándo-

nos valor para sostener varonilmente, en el difícil cargo que ejercemos, cuantas luchas sean necesarias por el bien de la Iglesia.

"Tampoco podemos separar de estos motivos de júbilo y esperanza expresados, las demostraciones de amor y reverencia que en estos primeros dias de nuestro Pontificado, nos habeis dado vosotros, Venerables Hermanos, y con vosotros innumerables sacerdotes y simples fieles, quienes por cartas que nos han dirigido por oblaciones que nos han hecho y aun por peregrinaciones que han practicado, nos dan á conocer que, el amor y la adhesion que tubieron á Nuestro Dignísimo Predecesor, se conservan íntegros é invariables hácia la persona de su Sucesor, tan poco digno de su herencia.

"Por estos tan expléndidos testimonios de la piedad católica, humildemente alabamos la benigna clemencia del Señor; y á vosotros, Venerables Hermanos, y á todos aquellos amadísimas hijos de quienes los hemos recibido, manifestamos públicamente, y de lo íntimo del corazon, Nuestra inmensa gratitud, plenamente confiados en que, en estas angustiosas circunstancias, y en estas dificultades de los tiempos, no vendrán á ménos vuestra adhesion y afecto y los de todos los fieles.

"Nos no dudamos que tan brillantes ejemplos de piedad filial y de virtud cristiana, tendrán gran valor para mover el corazon de Dios clementísimo, á que mire propicio á su Grey; y á que dé á la Iglesia la paz y la victoria. Y porque Nos esperamos que mas pronto y fácilmente será concedida esa paz y esa victoria, si los fieles dirigen constantemente sus votos y plegarias para obtenerla, os exhortamos, Venerables Hermanos, á confortarlos y enfervorizarlos en estos puntos poniendo como medianera para con Dios á la Inmaculada Reina de los cielos, y por intercesores á Sr. San José Patrono celestial de la Iglesia, y á los Santos Principes de los Apóstoles, Pedro y Pablo, á cuyo poderoso patrocinio encomendamos Nuestra humilde persona, la gararquía de la Iglesia y toda la Grey del Señor.

"Aparte de esto, Nos vivamente deseamos, que este dia, en el cual se recuerda solemnemente la resurreccion de Jesucristo, sea para vosotros, Venerables Hermanos, y para toda la familia católica, feliz, saludable y lleno de santo júbilo, y pedimos á Dios clementísimo, que con la sangre del Cordero Inmaculado, con la que fué cancelada la sentencia de nuestra condenacion, sean lavadas las culpas contraidas y benignamente mitigado el juicio á que ellas nos sujetan.

"*La gracia de nuestro Señor Jesucristo, la caridad de Dios y la comunicacion del Espíritu Santo sea con todos vosotros*, Venerables Hermanos, á quienes damos con particular afecto á cada uno en particular, así como á los amados hijos los Eclesiásticos y simples fieles de vuestras Iglesias, como prenda de Nuestra benevolencia y nuncio de la proteccion divina, la Bendicion Apostólica.

Dado en Roma en San Pedro, en el solemne dia de Pascua, 21 de Abril del año de 1878, primero de nuestro pontificado.—LEON PAPA XIII."

10 Como os lo habiamos anunciado, lo habeis visto ya Venerables Hermanos y muy amados hijos, el nuevo Pontífice, ilustrado por esa luz superior, que el Espíritu

Santo hace descender sobre aquellos á quienes coloca en su Iglesia, para que rijan al Pueblo fiel, y lo alimenten y lo nutran con el pan de la verdadera doctrina, marcha sobre las huellas de sus antecesores, y sentinela avanzado en los campos de Israel, desde las alturas de la suprema Cátedra en que Dios le ha colocado, con una mirada investigadora, atenta y reflexiva descubre uno á uno todos los males, que aquejan á las sociedades modernas, señala con presicion las causas que los producen, y con una solicitud verdaderamente paternal y cariñosa, indica los remedios únicos que pueden curarlos. Tal, es en resumen, el contenido de la preinserta Encíclica.

11 En efecto, dice un ilustre escritor de nuestros dias, notabilísimo por el acierto, el celo y el valor, conque hace tiempo está defendiendo la causa de la Religion y los derechos de la Santa Sede, la Encíclica de Nuestro Santísimo Padre, puede considerarse naturalmente dividida en tres partes: en la primera, numera esas llagas cancerosas que están devorando á la Sociedad, y son:

I. La negacion sistemática, de los principios fundamentales de todo órden religioso y social.

II. La rebelion contra las autoridades legítimas.

III. El desprecio cada dia creciente de las reglas de sana moral y de los fueros sagrados de la justicia.

IV. Las dicensiones intestinas, y las guerras.

V. El suicidio, demasiado generalizado ya en el mundo, y la desmedida ambicion de las riquezas, que impele á los hombres á valerse de los medios mas reprobados é inicuos para adquirirlas, sacrificando á cada paso el honor y la conciencia.

VI. La hipocresía del patriotismo y de la libertad.

Señalados los males, pasa en seguida á fijar las causas que los han producido y los mantienen, y con una presicion absoluta indica las siguientes.

Primera y principal, el desprecio de Dios y de su Santa Iglesia.

Segunda, el empeño satánico de amontonar calumnias contra el Papa, á intento de desprestigiar su autoridad suprema.

Tercera, esas leyes injustas é impías que á cada paso se publican.

Cuarta, la guerra al Episcopado católico.

Quinta, la usurpacion de los bienes de la Iglesia, destinados al sostenimiento del Culto, al socorro de los pobres, á la educacion cristiana de la juventud y á otros fines igualmente útiles y honestos.

Sexta, la esclaustracion y dispersion de los órdenes religiosos de uno y otro sexo.

Sétima, la secularizacion de la beneficencia.

Octava, la educacion laica y atea, por la supresion del Catecismo católico.

Novena, la inícua usurpacion del principado civil de la Iglesia. Trazado ya con tanta maestría como esactitud ese cuadro tenebroso y desolador, de los males que aquejan á la Sociedad y de las causas que los producen; viene en seguida, á proponer los remedios soberanamente eficaces que pueden curarlos, y que no pueden ser otros, que los que indica el mismo Soberano Pontífice, á saber:

I. La omnímoda aceptacion de la verdad eterna.

II. El magisterio eclesiástico.

III. La libertad de la Iglesia.

IV. El pronto retorno á la civilizacion cristiana.

V. El restablecimiento de la autoridad Pontificia.

VI. La concordia entre las dos potestades, la religiosa y la civil.

VII. La educacion católica.

VIII. El sacramento del matrimonio.

IX. La santificacion del Domingo.

12 A la simple enumeracion de los diferentes puntos que abraza ese respetable documento, se comprende desde luego, la profunda sabiduría, el exquisito tacto, la consumada prudencia y el claro conocimiento de las cosas y de la situacion que tiene el Supremo Pastor de la Iglesia. A su penetrante mirada, no se ha ocultado ni uno solo de los males que nos rodean y amenazan llevarnos á la más completa ruina, y á su vigilancia y solicitud paternal tampoco se ha escapado, ni uno solo de los remedios que conviene aplicar. Sin duda, la curacion de este enfermo, queremos decir, del mundo, que está cubierto de asquerosa lepra, lleno de úlceras cancerosas, y devorando, como dice San Ambrosio, *por la fiebre de la abaricia, de la sensualidad, de la ambicion y del ódio,* (1) es sobremanera difícil y superior á solo las fuerzas humanas; *pero supuesto que Dios ha hecho, curables á las naciones de todo el órbe; supuesto que instituyó su Iglesia, para la salvacion de las gentes, y le prometió que le habia de asistir con su auxilio hasta la consumacion de los siglos;* el Supremo Pastor, abriga la firme confianza, de que con el auxilio de lo alto, y la eficaz cooperacion del episcopado católico, los Pueblos,

(1) Hom in Luc. Cap IV. circa finem.

y los individuos, toda la familia humana, aleccionada con tantos males y calamidades, volverá pronto á buscar la salud y la prosperidad en la sumision á la Iglesia y al magisterio infalible de la Cátedra Apostólica. ¡Quiera el Señor, rico en sus misericordias, como se lo pedimos de lo íntimo de nuestra alma, realizar los ardientes votos de Nuestro Santísimo Padre!!

13 Por lo que á Nos toca, deseando secundar en cuanto cabe en nuestra pequeñez, los deseos de su Santidad, sin detenernos, porque no lo concienten los límites de una carta, en hacer estensas reflecciones sobre varios de los importantes puntos indicados, queremos sí, llamar vuestra atencion, Venerables Hermanos y muy amados hijos, principalmente sobre uno de esos males que con tanta justicia deplora el Vicario de Jesucristo, y que es á nuestro juicio, uno de los mayores, que se padecen en la actualidad, y que causará los mas terribles estragos en el porvenir. Nos referimos á la educacion religiosa de la juventud, tan desatendida hoy.

14 En efecto, el espíritu se angustia, el corazon se oprime por el dolor, cuando, hechando una rápida ojeada á nuestro derredor, vemos, que en medio de esas tiernas generaciones que se levantan, se agita ya el genio del mal, y con celo infatigable, poniendo en juego todos sus recursos, adelanta cada dia su obra de corrupcion, estraviando, las buenas inclinaciones y viciando los nobles carácteres de los jóvenes, en tanto que, ¡triste es decirlo! muchos padres y madres de familia, ó por culpable descuido, ó lo que es todavia peor, por el contagio de su mal ejemplo, léjos de impedir tanto mal, parecen consentirlo y hasta autorizarlo; olvidados quizá, de la